

Diálogos PUCV

en torno al
reconocimiento,
la hospitalidad y la misión

Ex Corde Ecclesiae
desde una mirada
interdisciplinaria



PONTEFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
VALPARAÍSO

EQUIPO EX CORDE ECCLESIAE 2022

Diálogos PUCV en torno al reconocimiento, la hospitalidad y la misión

Ex Corde Ecclesiae desde una mirada interdisciplinaria



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
VALPARAÍSO

Diálogos PUCV en torno al reconocimiento,
la hospitalidad y la misión. *Ex Corde Ecclesiae*
desde una mirada interdisciplinaria

© María Teresa Blanco Lobos, Manuel Bravo Mercado,
Patricio Cárvaves Silva, Lorena Carvajal Arenas,
Arturo Chicano Jiménez, Cristián Eichin Molina,
Claudio Elórtegui Gómez, Ricardo Gatica Escobar,
Juan Pablo Faúndez Allier, José Marín Riveros,
Cristian Merino Rubilar, Loreto Moya Marchant,
María Soledad Quintana Villar, 2022

Registro de Propiedad Intelectual N° 2022-A-8809

ISBN: 978-956-17-1020-7

Derechos Reservados

© **Ediciones Universitarias de Valparaíso**

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Calle Doce de Febrero 21, Valparaíso

euvs@pucv.cl

www.euv.cl

facebook.com/euv.cl

twitter.com/euv_cl

instagram.com/euv.cl

Diseño: Paulina Segura Pardo

Corrección de pruebas: Pablo Jara Vásquez

Tirada: 1000 ejemplares

Impreso en Salesianos S. A., Santiago.

HECHO EN CHILE

Diálogos PUCV en torno al reconocimiento, la hospitalidad y la misión.

Ex Corde Ecclesiae desde una mirada interdisciplinaria

Equipo *Ex Corde Ecclesiae* 2022

María Teresa Blanco Lobos, Manuel Bravo Mercado,
Patricio Cárvaves Silva, Lorena Carvajal Arenas,
Arturo Chicano Jiménez, Cristián Eichin Molina,
Claudio Elórtégui Gómez, Ricardo Gatica Escobar,
Juan Pablo Faúndez Allier, José Marín Riveros,
Cristian Merino Rubilar, Loreto Moya Marchant,
María Soledad Quintana Villar

Estimados y estimadas
integrantes de nuestra comunidad
Universitaria PUCV

¡Paz y Bien!

Siguiendo el llamado que ha hecho el Papa Francisco de iniciar una nueva etapa evangelizadora de discernimiento, purificación y reforma, dejo a vuestra disposición el siguiente trabajo de reflexión de la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, Nacida desde el Corazón de la Iglesia.

Este valioso documento del Papa Juan Pablo II escrito hace 32 años, ha iluminado el camino, la identidad y el sentido de las universidades católicas en todo el mundo, especialmente en períodos de profundos cambios. En sus páginas ha definido el objetivo de la Universidad Católica en la actualidad, el cual es *unir existencialmente dos órdenes de realidades frecuentemente contrapuestos: la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer ya la fuente de la verdad (ECE 1)*.

Hoy la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso transita por un importante proceso de reformas en sus Estatutos y de cambio de rector, en un contexto social caracterizado por experimentar las consecuencias de la pandemia y del retorno a una nueva presencialidad.

Estas realidades traen consigo diversos desafíos y retos que requieren de una respuesta reflexiva y con mirada tras-

cedente de parte de la universidad hacia la comunidad, en sintonía con los valores emanados desde el corazón del Evangelio y la Iglesia. Con la intención de colaborar en esta tarea, la Gran Cancillería junto a la Cátedra de Identidad Institucional PUCV, convocaron la formación de un equipo interdisciplinar de revisión y relectura del documento *Ex Corde Ecclesiae*, a la luz del contexto y las exigencias actuales.

Sin ir más lejos, durante 8 meses, cada 15 días de manera online inicialmente por las restricciones sanitarias del Covid-19 y luego presencialmente, nos reunimos académicos, académicas y autoridades en encuentros coordinado por la Vice Gran Cancillería, en sintonía con el camino sinodal de nuestros tiempos. El grupo estuvo conformado por académicos católicos provenientes de la teología, la filosofía, la educación, las comunicaciones, el derecho, la economía, la ingeniería y la arquitectura y el diseño y con carácter intergeneracional, incluyendo docentes que iniciaban su carrera académica y otros que ya se encontraban en la madurez de ésta.

Esto permitió examinar de manera interdisciplinar y desde la experiencia cristiana de cada integrante, el documento eclesial antes dicho, abriendo el debate con respecto a la realidad actual de nuestra universidad y el ideario planteado por el Papa Juan Pablo II y en sintonía pastoral animado por el Papa Francisco. En los encuentros se expresaron distintos puntos de vista, los cuales muchas veces se encontraron en posiciones contrapuestas, pero que convergieron en el diálogo, el respeto y el trabajo colaborativo.

Invito a toda la comunidad universitaria a leer el libro que tiene en sus manos, el cual es fruto del trabajo desinteresado



do de un grupo de personas que comparten la vocación de servicio y de fe en Jesucristo, amor a la Iglesia y a nuestra PUCV, cuyas reflexiones buscan dar una nueva vida a la Universidad Católica.

Confío en que este documento contribuirá a enriquecer la reflexión sobre la identidad de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso e incentivará el nacimiento de nuevas iniciativas institucionales que continúen con este espíritu.

Fr. Cristián Eichin Molina OFM

Vice Gran Canciller

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

Índice

13	Introducción
15	Reconocernos desde nuestra identidad
21	Salimos/compartimos/ dialogamos
35	Actuamos
41	Invitación
47	Tabla de referencias
49	Sobre los autores

Introducción

El contenido de este escrito, fruto de intercambios propios de la diversidad disciplinar de profesoras y profesores de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, animados por la Vice Gran Cancillería para revisar la constitución apostólica *Ex Corde Ecclesiae* en los contextos actuales, invita a una reflexión sobre nuestro quehacer universitario católico y espera generar una discusión de ideas entre los integrantes de nuestra comunidad.

Nacida del corazón de la Iglesia, como todas las universidades católicas, a nuestra institución le es propia y prioritaria la tarea de anunciar la Buena Nueva. Este desafío no tiene que descuidarse, sino que debe iluminar la actividad de cada disciplina que se cultive, orientando la investigación y la docencia, así como la gestión y la vinculación con la sociedad.

Este propósito nos impele a observarnos desde lo que somos, salir de nuestros entornos, escuchar y comunicar nuestra identidad para alimentar nuestras labores.

El Papa Francisco nos sugiere que el modelo para pensarnos como humanidad, es decir, como seres que no vivimos solos y que necesitamos del otro, no es el de la esfera, “donde cada punto es equidistante del centro y no hay diferencias entre unos y otros. El modelo es el poliedro, que refleja la

confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad. Tanto la acción pastoral como la acción política procuran recoger en ese poliedro lo mejor de cada uno" (EG, 236). En esta figura, nosotros hemos reflexionado que Jesucristo no es el centro, como si todos tuviésemos que confluir a ese centro, sino que siendo Él el Alfa y la Omega, el primero y el último, está cercano, en medio nuestro, junto al Padre y al Espíritu, formando comunidad, en medio de cada una de nuestras acciones universitarias.

Así, nos hemos preguntado ¿somos fermento de unidad en la diversidad, como nos pide Francisco? Para afrontar este complejo desafío, nos atrevemos a proponer y proyectar un modelo de universidad poliédrica, es decir, una Universidad Católica donde las diferencias conviven complementándose, enriqueciéndose e iluminándose recíprocamente.

De todos los miembros de la comunidad se puede aprender algo, "nadie es inservible, nadie es prescindible. Esto implica incluir a las periferias. Quién está en ellas tiene otro punto de vista, ve aspectos de la realidad que no se reconocen desde los centros de poder donde se toman las decisiones más definitivas" (FT, 215).

La Universidad Católica poliédrica, entonces, será voz de la Iglesia desde su testimonio, abierta a todas las voces y experiencias, pues la Iglesia no se cansa de anunciar la Buena Noticia a todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Será una universidad testimonial, porque sabemos que el testimonio, muchas veces, tiene más fuerza que las declaraciones.



Reconocernos desde nuestra identidad

La universidad que peregrina a través del siglo XXI es una comunidad de personas que transita por un momento de creciente multiculturalidad, pluralismo en distintos ámbitos de la realidad y replanteamiento de las ciudadanías interculturales.

Estas circunstancias nos invitan a detenernos para profundizar en el reconocimiento de la identidad católica de nuestra institución. Por lo demás, la universalidad de la Iglesia implica reconocer las particularidades de las comunidades que la integran en las diversas regiones del mundo.

Desde su origen, nuestra Universidad no ha ido tras la idea de una excelencia vacua ni exteriorizante, sino por aquella motivada por la perspectiva del encuentro entre su esforzado actuar y su espíritu de profunda fe que, como institución católica, la anima. Se trata de que esa excelencia que se nos reconoce públicamente encuentre sentido también en su tarea misional, pues formamos parte de la Iglesia.

Así, la cuestión de ser una buena universidad no es nuestro único objetivo. Hacerlo al servicio del mundo, es el sentido de nuestra labor. Pero el mundo no es solo nuestra casa mayor, sino también, cada persona es un mundo para

promover y cuidar. Esto lo consideramos como una tarea principal.

Por ello, cuando formamos generaciones de jóvenes lo hacemos no sólo para llevarlos a la sociedad como profesionales. Aspiramos a que cada uno de ellos sea un facilitador de las transformaciones que harán posible un mundo mejor. La Universidad, en este sentido, es un camino de evolución personal para el encuentro con la propia vocación de vida, que se pone a disposición del cuidado de todos.

Bajo esta perspectiva, educamos para que lo aprendido permita que el profesional sea “misión” y promueva la Buena Nueva desde ese conocimiento experimentado en la Universidad. Este sentido de misión también comprende ser “casa” para la reflexión, espacio fundado en la razón y en la fe, entendida esta última como esperanza del testimonio que Cristo propone con su presencia entre nosotros.

La comunidad de nuestra PUCV camina con la confianza de que “no estamos solos” (Mt. 28,20). En cuanto Universidad, colabora con la Iglesia en su tarea evangelizadora. Su misión se centra en entrar en diálogo con la cultura y con la vida de cada uno de los integrantes de nuestra comunidad. Anhelamos ser una Universidad que se haga colquio.

De esta manera, nuestra catolicidad se refleja, entre otros aspectos, en la hospitalidad que ofrece. Es una universidad abierta a los diferentes rostros de nuestra sociedad, que hace suyos los dolores y sufrimientos de nuestro tiempo. Reconocemos que la hospitalidad pide escuchar; no solo oír.



Escuchar es involucrarse con el otro, al modo del Buen Samaritano. Involucrarse es darse. Entregarse es amar.

Dicha entrega de amor se realiza a través de la búsqueda y el descubrimiento de la verdad. La universidad es una comunidad de académicos y estudiantes unidos en la tarea de buscar la Verdad. Conforme a *Ex Corde Ecclesiae*, esta búsqueda se activa "(...) mediante la investigación, la conservación y la comunicación del saber para el bien de la sociedad" (ECE, 30). La particularidad de la Universidad Católica es el sentido trascendente que se da a la búsqueda. En cierta medida, se da la paradoja de saber cuál es, dónde está la Verdad y, al mismo, tiempo buscarla.

En su quehacer, la Universidad Católica es gozosa, porque posee el gozo de buscar la Verdad, descubrirla y comunicarla en todos los campos del conocimiento. En esa línea, la expresión "nacida del corazón de la Iglesia" se utiliza en *Ex Corde Ecclesiae* para referirse a la identidad de la Universidad Católica, que consiste en un grupo de personas reunidas para buscar la Verdad, descubrirla y comunicarla (5).

La Pontificia Universidad Católica de Valparaíso es una universidad en contacto con la realidad sufriente, herida y pecadora; tal como Cristo con su Iglesia. Esto significa que es una universidad hospitalaria, atenta y diligente para aliviar el dolor y generar medios para la superación de los problemas puntuales de la comunidad universitaria, de Valparaíso, del país y, en lo posible, de toda la humanidad. Esta misión se cumple a través de los medios de los cuales dispone (artes, sabiduría, ciencias y técnica) y el anuncio del amor de Dios.

La Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* afirma que la Universidad Católica se comprende como “nacida en el corazón de la Iglesia”. Además, en su número 27 declara, “afirmándose como Universidad, toda Universidad Católica mantiene con la Iglesia una vinculación que es esencial para su identidad institucional”. No es sorprendente, entonces, que afirmemos una indisoluble relación entre la Iglesia y la Universidad Católica. A la luz de esta constatación, vale la pena visitar aspectos esenciales de esa relación: ¿Cuál es su significado? ¿Acaso la Universidad debe ser una repetidora de lo que la Iglesia anuncia? ¿Cómo aporta la Universidad Católica, desde su especificidad, a la misión de la Iglesia? ¿Cómo pensar esta colaboración?

Las respuestas se ofrecen a partir de la misma Constitución, de algunos aspectos del Magisterio del Papa Francisco y de la reflexión social de la Iglesia vinculada con la enseñanza universitaria. Además, deseamos proponer la premisa que, cuando nos referimos a una Universidad Católica, observamos una institución que no es abstracta. Pensamos en nuestra Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, con sus rostros, su propia organización y sus espacios.

En el apartado dedicado a la “Misión de servicio de la Universidad Católica”, número 1, *Ex Corde Ecclesiae* se refiere al “servicio a la Iglesia y a la sociedad”. Interesa reflexionar a partir de los temas y los alcances que levanta la Constitución sobre cómo entender la relación Iglesia-Universidad. “Mediante la enseñanza y la investigación la Universidad Católica da una indispensable contribución a la Iglesia” (31). Como puede verse, existe un reconocimiento de parte



de la Santa Sede al aporte que las universidades católicas dan a la Iglesia.

Esta valoración puede pensarse por el hecho de que, tanto la Iglesia como la Universidad Católica, están preocupadas por la persona y por la sociedad. Para la Iglesia todo lo que sucede en el mundo es materia de cuidado y reflexión, pues tal como nos dice el Concilio Vaticano II, en su Constitución *Gaudium et Spes* n° 1: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo”. Quizás es este punto de encuentro en su misión, lo que hace tan armónica esta relación.

La Constitución exhorta a las universidades católicas, en cuanto servicio a la Iglesia, “a ser instrumento cada vez más eficaz de progreso cultural tanto para las personas como para la sociedad” (ECE, 32). Uno de los ámbitos en los que las universidades católicas pueden colaborar en la misión de la Iglesia, es la investigación. Esto nos cuestiona y desafía como PUCV, por ejemplo, en la importancia que damos a aquellas investigaciones que acogen los graves problemas contemporáneos desde sus perspectivas éticas y religiosas.

Justamente, si miramos las temáticas que el Papa Francisco ha levantado como urgentes durante su pontificado, descubrimos que los temas sociales -que no son sino los que afectan a los hombres y mujeres de hoy- son acogidos por la Iglesia como tópicos que no podemos ignorar: familia, ecología, fraternidad, política, medioambiente, etc. Desde esta mirada, podemos reforzar la idea de que la misión de

la Iglesia no se restringe sólo a temas de talante *ad-intra*. Por esto, el Papa Francisco, recogiendo las palabras de Benedicto XVI, afirma que la Iglesia “tiene un papel público que no se agota en sus actividades de asistencia y educación, sino que procura la promoción del hombre y la fraternidad universal” (FT, 276).

Las universidades católicas, entonces, deben considerar estas temáticas desde lo propio de cada una de las diferentes ciencias que desarrollan, colaborando así con la promoción del ser humano. De esta manera, la Universidad Católica asiste directamente a la Iglesia entregando datos, lenguajes y reflexiones que le permitan entrar en diálogo con la cultura y proponer una manera de habitar el mundo desde los valores cristianos.



Salimos/compartimos/ dialogamos

Ex Corde Ecclesiae nos recuerda que “la comunidad universitaria está animada por un espíritu de libertad y de caridad, y está caracterizada por el respeto recíproco, por el diálogo sincero y por la tutela de los derechos de cada uno” (21). Como comunidad, necesitamos estar abiertos al diálogo entre los distintos estamentos que componen la Universidad (académicos, personal administrativo y de servicio y estudiantes), a fin de que podamos colaborar unos con otros y podamos prestar un servicio a la sociedad, especialmente, la circundante de Valparaíso.

De ahí la necesidad del diálogo en todos los niveles (VG, 4b). La Universidad Católica es una escuela del diálogo. A través del encuentro entre distintas disciplinas, entre estudiantes y profesores, entre pares, entre sus trabajadores: ella vive en estado de coloquio. La palabra circula, se entremezcla, se va haciendo plástica e imagen a partir de la diversidad de experiencias y de estudios.

No es sorpresa para quienes siguen el Magisterio de Francisco que, desde la relevancia del diálogo, el Papa ha ido desarrollando en su pontificado una teología de la cultura del encuentro. Para él, “acercarse, expresarse, escucharse,

mirarse, conocerse, tratar de comprenderse, buscar puntos de contacto, todo eso se resume en el verbo ‘dialogar’. Para encontrarnos y ayudarnos mutuamente necesitamos dialogar. No hace falta decir para qué sirve el diálogo. Me basta pensar qué sería el mundo sin ese diálogo paciente de tantas personas generosas que han mantenido unidas a familias y a comunidades” (FT, 168).

En varios de sus escritos, el Papa Francisco enfatiza la tarea de ir creciendo en la conciencia por la necesidad del otro. Esta es una ardua labor en un mundo donde pareciera que cada uno debe “salvarse solo”. En *Laudato si’*, por ejemplo, la insistencia está en mostrar que vivimos en un planeta que es la casa de todos, por eso no nos puede dejar indiferentes lo que acontece en otras partes del mundo.

Estamos llamados a pensar en un proyecto común y esto no es fácil, por ello el Pontífice nos recuerda que “la Iglesia, en particular —convencida y profética con el impulso que le ha dado el Concilio Vaticano II hacia su presencia renovada y su misión en la historia—, está llamada a experimentar cómo la catolicidad, que la califica como fermento de unidad en la diversidad y de comunión en la libertad, exige para sí misma y propicia esa polaridad tensional entre lo particular y lo universal, entre lo uno y lo múltiple, entre lo simple y lo complejo. Aniquilar esta tensión va contra la vida del Espíritu” (VG, 4d).

Dado lo anterior, la necesidad de crear redes es otro desafío para la Universidad Católica, la cual está llamada a ser un espacio que propicie encuentros, que colabore en la construcción de una cultura del encuentro. La universidad es un



espacio privilegiado para esta misión, pues por su propia naturaleza académica, por ser un espacio que congrega a funcionarios, docentes y estudiantes, el encuentro puede darse de una manera natural y cercana. Sin embargo, los agobios laborales, la falta de confianza en el prójimo y una escasez del tiempo personal pueden dificultar esos contactos.

De hecho, en un contexto de creciente polarización y fragmentación de nuestras realidades, salir al encuentro “hacia” y “con” el otro, cobra vital importancia para nuestra universidad. La PUCV está llamada por *Ex Corde Ecclesiae* a reafirmar su sentido y carácter en la propia comunidad universitaria y en la sociedad cuando anuncia y proclama lo que es, poniendo a disposición sus quehaceres, saberes y naturales limitaciones, para la construcción de una cultura del diálogo global.

La existencia de la identidad católica en la Universidad se hace reconocible y viva ante el otro cuando se visibiliza, presenta y explica, abriéndose a una interacción de reconocimientos mutuos que favorecen las confianzas y el respeto intercultural. Para eso, debemos acercarnos al otro y estar con el otro. Señales y permanencia, activación y compañía.

El encuentro “hacia el otro” implica una (multi)direccionalidad, una proactividad que marca una ruta y un destino. Es salir de un punto, inactivo en el movimiento, no así en las intenciones, para propender al enriquecimiento misterioso de algo que ya no será lo mismo, pero que causa esperanza porque en la alteridad está el rostro de Cristo. Esta mirada implica, además, una conexión con el mundo circundante y con la humildad del aprendizaje continuo.

Dado que hoy la Universidad Católica está inserta y vive en un mundo plural, es necesario, más que nunca, que sea una institución que cultive profundamente aquellas dimensiones que posibiliten su capacidad dialogal. Esto implica un movimiento bidireccional que ha de comenzar por una sensible disponibilidad para la escucha atenta de todo aquello que es propio de la observación universitaria: la totalidad de la existencia. En el caso de la Universidad Católica, entendiendo para creer y creyendo para entender mejor.

Desde nuestras posiciones disciplinares o institucionales, no salir al encuentro puede limitarnos en la observación de aquello que experimenta la transformación existencial del tiempo y de los eventos civilizatorios, en los que también identificamos la presencia divina. El contacto con el otro en nuestros espacios universitarios es uno de los ámbitos más importantes para la búsqueda de una cohesión universitaria y para la trascendencia de nuestras actividades.

Este camino marca una exploración, también, una profunda incertidumbre. De hecho, un aspecto que puede hacer que el sendero del encuentro se dificulte, es la imposibilidad de entendernos porque nuestros lenguajes son incomprensibles. No obstante, un desafío universitario permanente es imaginar desde la dificultad y reafirmar la esperanza hasta en las más duras condiciones. Buscar que esos lenguajes se toquen en algún momento y espacio, es una motivación intrínseca, además, que estimula el apareamiento del nuevo conocimiento.

Dicho conocimiento que es resultante de la producción académica y humana de nuestra comunidad implica la humil-



dad para admitir aquello que previamente no era evidente y que ahora puede ser conceptualizado o al menos delimitado, luego de la interacción que lleva a la relación. En la incertidumbre se abren espacios para el descubrimiento del otro y con ese otro, estamos llamados a buscar respuestas a los problemas que aquejan nuestra época, desde lo que somos como una universidad católica y regional.

De hecho, la problematización y la experimentación son parte de nuestros métodos, que incluso pueden dinamizarse con la interdisciplinariedad. Es decir, a partir del encuentro e integración entre nuestras ciencias, humanidades y artes puede surgir una real opción que favorezca el reconocimiento del otro, revirtiendo la atomización de nuestros vínculos.

La diversidad de lenguajes disciplinarios comprende que el desafío del entendimiento pase por una integración basada en la valoración de los aportes del otro, en una colaboración generosa y desprendida que adquiere insospechados impactos. Estar “con” otros nos revitaliza porque volvemos a descubrirnos en nuestra esencia de personas y en el rol que cumplimos al interior de la comunidad universitaria.

La atomización y el individualismo son la negación de la identidad de una Universidad Católica y de nuestra condición humana como seres sociales, personas constitutivas de una comunidad y una polis, que vivimos en un momento determinado de la historia de Chile. Con el otro como punto de llegada, se consolida un nuevo punto de re-inicio, ahora conjunto, hacia muchos otros al interior de la universidad y hacia el exterior de los muros de nuestra Casa Central.

El otro como destino que luego adquiere la posición de una compañía y concurrencia de objetivos misionales, re-impulsa las convicciones de comunicar aquello que da “pleno significado a la vida humana”. Dichos retos contemporáneos de preservar lo dialógico en nuestra Universidad, pueden estar en el cultivo de cómo nuestro trabajo se expande en el esfuerzo de la comprensión por lo que el otro hace y me dice, cómo lo escucho e integro, cómo somos puentes de realidades intra-institucionales y de posicionamiento cultural y científico-disciplinar con el entorno.

De este modo, la PUCV se halla en un entramado complejo de interrelaciones dialogantes desde donde podrá dar luces y perspectivas reflexivas, que se hacen cargo, y a la vez desafían su propia realidad interna y al entorno extrauniversitario. Es decir, la universidad tiene la capacidad para escuchar e interpretar diversas voces y, a su vez, puede hablar dando respuestas multi, inter y transdisciplinarias a los diversos actores que interactúan dentro de la misma y que desde afuera la emplazan al diálogo.

Para que las respuestas que surgen desde la institución, en su polifonía, sean diversas, pero no relativistas, es fundamental la conexión de sentido que se levanta desde la interpretación magisterial. Ello implica un enorme desafío para nuestra institución, puesto que la síntesis kerigmática y toda la reflexión que desde ella se desprende como el sello del símbolo de la fe, es cada vez más cuestionada en los contextos culturales y, en consecuencia, pone en riesgo nuestra identidad católica.



El pluralismo, hoy aceptado como signo del avance autonómico del ser humano, cuyo lugar de especial apogeo es justamente la universidad, poco a poco va haciendo acallar los planteamientos de los que postulan máximos de realización, como los que señala la propia visión cristiana, pareciendo que bastase consensuar mínimos de una ética laica aceptados por todos (ECE, 6).

Esta es una situación que progresivamente ha ido avanzando desde el paso de la Universidad Católica medieval a la Universidad Católica moderna, en el siglo XVI, y que pareciera llegar hoy a las consecuencias de la laicización en los propios contextos de la Iglesia.

En este escenario, en el cual se desenvuelve la vida contemporánea de la Universidad Católica, pareciera que va perdiéndose su identidad en medio de diversas corrientes que se imponen. Precisamente, en su autonomía, la institución católica expresa el respeto por la dignidad de la persona humana, manifestándose de distintas maneras: en los profesores en su docencia e investigación; en los estudiantes en su organización y participación, especialmente en el espacio universitario por antonomasia: la sala de clases. Tanto en profesores como en estudiantes también se expresa su libertad al elegir pertenecer a una Universidad Católica.

Igualmente, se reconoce esa autonomía en la gestión y gobierno de la institución, así en los espacios tangibles (salas, laboratorios) como en los intangibles (las conciencias). Por cierto, la autonomía supone ciertos márgenes o límites, como la responsabilidad y el respeto por el prójimo; implica capacidad para elegir y dejar elegir, en la búsqueda de la

verdad, en el entendido de que siempre debe elegirse entre los bienes posibles, individual y colectivamente.

Ello hace necesario pensar, plantear y actuar mediante un nuevo *excursus* metodológico por el que la Buena Noticia que porta el cristianismo, como camino de sentido y liberación también para la vida de hoy, pueda ser transmitido y compartido en esta nueva era en la que se desarrolla la universidad actual.

Por ello, es importante como comunidad PUCV profundizar en un aspecto esencial, desde el cual se desprenden otros, y que dice relación con el efecto plenificante y de encuentro dialógico que está contenido en la experiencia de recepción del kerigma, el que debe ser tenido en cuenta para llevar a cabo el anuncio de salvación en el panorama universitario actual.

Marcado por un claro multiculturalismo, este ambiente requiere un tipo de anuncio que pueda surgir desde el propio seno de la Universidad Católica, de suyo abierta al diálogo, para dar sentido, misión y visión a ese examen detenido de la realidad al que aspira la propia *Ex Corde Ecclesiae* en su número 15.

El desafío de orientar las distintas voces que hoy confluyen en la Universidad Católica puede ser dirigido, entonces, a partir del anuncio del principal acontecimiento de nuestra fe en los diversos estamentos de la universidad, en los espacios públicos que la conforman, y en las salas de clases en las que reflexionamos.



Si consideramos la misión de la Universidad Católica de acoger la inquietud existencial de los alumnos, y de invitarlos a buscar una respuesta que los acerque a la alegría de la verdad sobre sí mismos y sobre el mundo, podemos identificar aquellos elementos del proceso de enseñanza-aprendizaje que lo pueden facilitar (ECE, 7).

Por ello, estudiantes, profesores y funcionarios que se acercan a una Universidad Católica, debieran encontrarse con señales orientadoras que vayan más allá del aseguramiento de contenidos intelectuales específicos. Por ejemplo, el acercamiento a un tipo de enseñanza con la doble carga que aporta el sentido de lo que se está haciendo, seguido por un adecuado marco que explicita la razón de ser de esta comunidad académica (ECE, 12).

Esto tiene relevancia máxima para la educación, ya que la persona no se desarrolla en solitario, sino que está llamada a crear con otros “relaciones de encuentro”. El problema es que muchas veces el mensaje suele estar acallado, también en la universidad, debido a los efectos indirectos de una cultura fuertemente individualista en la que transcurrimos actualmente y desde la que se acalla el relato kerigmático. Nos olvidamos de que el contexto universitario surge desde la unión corporativa y cooperativa de sus miembros y desde la cual debe proyectarse el anuncio de la Buena Noticia.

La universidad, en sus orígenes, fue concebida como un espacio que ha buscado configurar lo disperso y universal desde un ámbito que expresa el deseo de concatenación, evidenciando una clara necesidad para destrabar las barreras que puedan interponerse entre personas que, en la

búsqueda por la verdad, desean estar abiertas al encuentro. Sobre todo, cuando desde esta instancia surge justamente la experiencia de koinonía que hará patente el paso del Espíritu que lo trasciende todo y que todo lo ilumina.

La experiencia de los apóstoles es que después de llevar a cabo una necesaria ambientación cultural, de lenguaje y costumbres, aquello que va a permitir el encuentro y la comunión con los oyentes, llamados a formar una comunidad cristiana, es el anuncio de un hecho que tiene el poder de engendrar una vida personal, que se abre a la experiencia de profunda aceptación interpersonal.

La anterior, es la metodología transformadora que el propio Dios ha propuesto para la Iglesia, y que debe hacernos pensar en lo que estamos haciendo hoy para alimentar, desde el corazón de la universidad, la vida espiritual de los miembros que la conforman.

Una clave fundamental para orientar y colaborar en la búsqueda de un auténtico sentido existencial consiste en reconocer, justamente, que el valor de la dignidad intrínseca que posee todo ser humano, como criatura a imagen de Dios, ha sido logrado para su vida gracias a la muerte y resurrección de Jesucristo.

Esto es de un gran valor para ser comunicado, pues la experiencia existencial del ser humano es que, a pesar de ser llamado a la plenitud, suele ser alcanzado por una enorme cantidad de actos insatisfactorios, muchos de los cuales acontecen en nuestro entorno universitario. De múltiples maneras, nuestra condición humana se ve empantanada



por sus debilidades y experimenta la impotencia de alcanzar la plenitud.

La “muerte existencial” de la que nos libera Cristo resucitado es la experiencia del ser humano que, a consecuencia del pecado, no puede amar en plenitud, hasta dar la vida por otra persona. Ante esta impotencia, el anuncio del kerigma aparece como una auténtica proclamación de salvación que, en un contexto universitario, tiene plena cabida y puede ser enriquecida gracias a ese encuentro de múltiples voces que lo pueden manifestar en distintos registros. Este anuncio o Buena Noticia significa que Jesucristo ha tomado nuestra condición humana para mostrar que la muerte, física y existencial, no tiene poder sobre Él. Por ello es Él quien la vence gracias a su resurrección, acto primordial que tiene un alcance transformador a través de la historia y es el que permite que una comunidad universitaria como la nuestra pueda concretar experiencias de profundo encuentro, generando verdadera comunión. Ello porque el Espíritu vivificante del resucitado llega también a nuestras vidas de hoy para transformarlas y permitirnos *pasar* a una auténtica *koinonía*.

Precisamente, un preclaro acto de amor a nuestros semejantes consiste en la verbalización, confirmada por nuestra experiencia, del deseo que tiene Dios de encontrarse efectivamente con un ser humano en particular, en su dignidad de hijo, en el cual Dios ha pensado y sigue pensando cómo llegar a él para dar pleno sentido a su existencia.

Gracias a este anuncio (1Cor 1, 17- 31), el Señor muestra una espléndida ternura a la hora de concretar el mensaje, un comunicado que tiene un poder transformador del que ha

sido testigo la Iglesia con el correr de los siglos. En este sentido, el anuncio de que nuestra única posibilidad de renovar la vida está en Cristo, es una clave que puede modificar la orientación global de la existencia.

Se puede, entonces, comprender que el éxito o los bienes intelectuales y materiales no garantizan la afirmación del ser ni la orientación del camino. Sólo el reconocimiento de que ya hemos sido alcanzados por el amor de Dios, fuente y razón de todo lo que es, puede garantizar la hermenéutica de un Padre que por amor incide en la historia concreta de sus hijos y mueve a estos a actuar libre y amorosamente respondiendo a este don.

De este modo, el encuentro de distintas voces en una Universidad Católica puede ser reconocida en la voz salvadora del Hijo, que en su palabra y en su obra nos muestra un verdadero camino de encuentro: “Este es mi Hijo amado, escuchadle” (Mc 9, 7).

La Universidad Católica es voz que anuncia. ¿Qué anunciamos? La Constitución Apostólica *Veritatis Gaudium* del Papa Francisco reflexiona sobre el aporte que los estudios teológicos pueden entregar a una Iglesia en salida. Nos arriesgamos a decir que no faltamos al sentido del texto si, en vez de pensar solo en los estudios teológicos, nos referimos al quehacer de una Universidad Católica que en su conjunto cumple su misión cuando desde las poliédricas perspectivas se hace cargo de concretar la proclamación de la Buena Noticia.

Vivir y anunciar el kerigma permite a los cristianos reconocernos como hermanos y vivir de esa manera sabiéndonos



parte de un pueblo que identifica en Jesús a su maestro y salvador. Por ello *Veritatis Gaudium* nos invita a *volver al corazón del kerigma*, o, en otras palabras, a “la siempre nueva y fascinante nueva noticia del Evangelio de Jesús” (VG, 4a).

De la misma manera, esta experiencia nos abre al otro que no comparte nuestra fe, pues la vivencia del kerigma es también descubrir en la creación la huella trinitaria que genera una solidaridad con la humanidad toda y tomar conciencia de que somos parte de una “trama de relaciones”. Así, una Universidad Católica es, desde esta óptica kerigmática, un lugar para todos, creyentes y no creyentes, pues, al igual que la Iglesia, la universidad católica “se hace levadura de aquella fraternidad universal que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que sabe tolerar las molestias de la convivencia aferrándose al amor de Dios, que sabe abrir el corazón al amor divino para buscar la felicidad de los demás como la busca su Padre Bueno” (VG, 4a).

Actuamos

Como se ha indicado en las secciones anteriores, nacida del corazón de la Iglesia, la Universidad Católica se constituye en primerísimo lugar donde el saber se cultiva, y se realiza todo el esfuerzo necesario para desentrañar las realidades que nos permitan llegar al conocimiento de la Verdad y su Revelación.

La Universidad Católica se presenta, así, como un grupo de personas con una tarea de gozo. Ese grupo, por abrazar la misión de anunciar el Reino de Dios, no está cerrado. Antes bien, acoge desde su realidad. La Pontificia Universidad Católica de Valparaíso acoge en su realidad católica, regional y tradicional (conforme a su tradición e historia viva).

Sin embargo, como buena cristiana, la Universidad Católica no es sólo acogida, sino que está en misión. La universidad, depositaria del saber de disciplinas diversas, propaga a través de ellas el Evangelio de Jesús, el cual convoca al amor que exige un servicio que surge del amor gratuito de Dios por la humanidad. Por eso, el esfuerzo de la comunidad universitaria tiende a: “promover la cultura superior y, también, a formar a todos los estudiantes de manera que lleguen a ser hombres insignes por el saber, preparados para desempeñar funciones de responsabilidad en la sociedad y a testimoniar su fe ante el mundo” (ECE, 8).

La misión de la universidad es lograr que haya una relación entre fe y la acción que desarrolla en sus estudiantes. Se busca la formación de una integralidad en la persona (como toda universidad) y, además, que el futuro profesional desarrolle su actividad en línea con los principios y valores cristianos.

La pregunta es, por lo tanto, ¿cómo a través de la actividad universitaria es posible impactar los puntos de interés, las líneas de pensamiento, los modelos de vida de la humanidad para hacerlos conforme al Evangelio?

Algunos criterios para conseguirlo serían los siguientes: formación de los estudiantes en un contexto de fe; investigación a la luz del mensaje; formación profesional conforme a valores cristianos; y servicio a la sociedad con nuestros profesionales (docentes) y alumnos. En definitiva, hacemos nuestra parte para cooperar en la instauración del Reino de Dios.

En esta línea, la Pastoral universitaria, que se proyecta en un accionar que se abre en perspectivas poliédricas, abraza la invitación de ser signo del Reino de Dios en medio de nuestra Casa de estudios, colaborando así con la misión de la Iglesia. De esta manera, se vuelve un rostro acogedor y una propuesta estimulante para los miembros universitarios.

A partir de diferentes acciones, la Pastoral trabaja para ser signo de un cristianismo dialógico y hospitalario. Frente a una sociedad en la que muchas veces se impone el egoísmo, la pastoral universitaria es una propuesta de experiencia para nuevas formas de amar y de servir. Asimismo, es



un lugar que propone una nueva manera de vivir, desde la hermandad, la fraternidad y la común-uniión. Por su carácter universitario, la pastoral colabora con espacios de anuncio y reflexión teológica, siendo siempre portadora de esperanza. Además, la Pastoral universitaria PUCV es un lugar de celebración litúrgica que nos recuerda la alegría del encuentro, festejar la vida acogiendo la invitación a la salvación (Alberich, 2003).

La Pastoral actúa “en salida”, pues, como plantea el Papa Francisco, “hoy, en este ‘id’ de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva ‘salida’ misionera. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que toma en su desarrollo como individuo y en el colectivo, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio” (EG, 20).

Esta salida nos exhorta a ser inclusivos, donde todo lo humano tenga eco en el corazón y por ello no nos será indiferente nada ni nadie.

La Pastoral cuenta con una identidad universitaria, con el desafío de desarrollar una vida de fe adecuada a cada estudiante, académico y funcionario, que los lleve a ver a Dios presente y activo en el mundo, potenciando su libertad y llevándolos a los márgenes de la sociedad, para buscar ahí dar vida y compartir la fe. Este modo de ser pastoral valora los conocimientos, habilidades y competencias de cada estudiante, académico y funcionario, adentrándose en la bús-

queda de la verdad, la reflexión sobre la sociedad, la apertura a la cultura, el diálogo con la ciencia, las humanidades, las artes y la innovación.

En suma, es una Pastoral de encuentro, facilitadora y parte de los diálogos que se van dando en los distintos espacios de la educación superior. Así, la Pastoral se transforma en un punto de encuentro con las distintas perspectivas del mundo, la fe y la búsqueda de Dios, para discernir y encontrar el amor de Jesús y su llamado a ser parte en la construcción del Reino.

Para ello, dialoga con los diversos estudiantes y sus posturas, con todos quienes están en voluntariados, con todos quienes profesan su fe de diversas maneras, con la academia y con lo político, materializando la misión de la Iglesia y formando parte integrante de la actividad y estructura todos los estamentos de la vida universitaria. Esta comprensión invita a ser una pastoral que vive en un constante discernimiento de la realidad.

Esta última tarea es muy desafiante, porque, como indica *Ex Corde Ecclesiae*: la universidad deberá decir verdades incómodas, verdades que no halagan a la opinión pública (n. 32). En este mismo número indica, incluso, que las actividades de investigación en la Universidad Católica deberán incluir el estudio de los graves problemas contemporáneos, tales como, una distribución más equitativa de los recursos del mundo y un nuevo ordenamiento económico y político que sirva mejor a la comunidad humana a nivel nacional o internacional. Estas son declaraciones muy radicales, en



línea con aquellas contenidas en *Laudato Si'* 56 y 109 del Papa Francisco, que hoy tanto impactan a las generaciones jóvenes y que ya aparecen en *Ex Corde Ecclesiae*, reflejando la novedad y claridad del Magisterio de Juan Pablo II. La Universidad debe responder ante este llamado.

Consideramos que la universidad tiene la capacidad suficiente para ello. Como ninguna otra institución, la universidad posee aquella aptitud de escuchar e interpretar interdisciplinariamente todas las voces y en distintos tonos, en función de las diversas áreas del saber que se desarrollan en su seno. Desde aquella disposición de escucha, la universidad tiene, entonces, la tarea de aproximarse a proponer respuestas suficientemente bien razonadas para todos aquellos que interactúan con ella. Pero, además, por sí misma, la universidad no solo ha de disponerse a escuchar, sino también a promover iniciativas desde una perspectiva que puede ser inédita y creativa.

Así, la misión universitaria es cultivar el saber disciplinar, pero también en nuestro caso, hacerlo con la convicción de que ese conocimiento necesita como fundamento el amor de Dios, descendido al corazón humano a través de Jesucristo. Esta relación nos motiva en la transmisión tanto del conocimiento como de la fe y los valores cristianos.

En todo caso, la misión de ir hacia las personas no ha de ser sólo hacia aquellos que tienen fe en Dios, sino, especialmente, para todos aquellos que, no habiendo experimentado el sentido de la fe, los anima el saber que nuestra universidad genera, innova y emprende.

Además, no solo aquellos que tienen fe han de hacer misión de su saber, sino también quienes, pudiendo no compartir estas creencias, respetan y comparten los valores que esta comunidad ofrece. Ellos son parte de un llamado que nos convoca a todos quienes conformamos la Universidad.

Dada nuestra labor formativa, somos parte de la tarea de cultivar cuerpos y mentes, también espíritus que alimentan a esos cuerpos y mentes. Con ello, favorecemos el sentido y la orientación de todo ese conocimiento y saber que la Universidad produce. La PUCV se constituye tanto por los que creen, como por aquellos que de buena fe contribuyen a que ese creer tenga posibilidad de desarrollarse.



Invitación

Ad portas del centenario de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, nos hemos detenido a pensar cómo una Universidad Católica vive los avatares de una época de cambios y transformaciones, o lo que algunos señalan, un cambio de época. En este contexto, surge la propuesta que una universidad como la nuestra ofrece a la sociedad.

Junto al desafío de esforzarnos por generar conocimiento y buscar la Verdad, acogemos la tarea de ser promotores de la palabra de Dios que da sentido a nuestro quehacer.

Nuestra tarea no se agota al interior del espacio universitario. Una universidad que sale, que va en misión hacia las personas, es una institución dialogante que quiere estar presente en la co-construcción del mundo que nos toca vivir. Se nos invita así al objetivo misional que se funda desde lo más propio del ser universitario: el amor al conocimiento para cuidar de la bella obra de Dios, que llamamos mundo. La invitación que se nos hace tiene como fundamento y sostén la esperanza, no entendida como mera espera pasiva, sino como impulso a obrar sobre nuestra realidad en tensión con el futuro.

Una universidad que no sea capaz de llevar al resto de las comunidades esa Buena Nueva que Dios le ha dado como mi-

sión, no sería entonces digna de llamarse católica. Para que ello se concrete, debe tener lugar ese diálogo tan propio de lo universitario, haciendo presente el deseo de amor a Dios, amor a la humanidad y a todas las cosas por Él creadas.

Desde el mundo académico, con mesura y ponderación, se deberán buscar los medios adecuados para proclamar aquellas convicciones que, finalmente, otorgan su identidad a las universidades católicas. Como hemos visto, en *Ex Corde Ecclesiae* la identidad ocupa un lugar central. En cuanto universidad, donde se cultiva el saber, se debe procurar sostener y cuidar una comunidad académica que, rigurosa y críticamente, se dedique a su cultivo. La búsqueda de la verdad, en estos términos, debe estar garantizada institucionalmente.

Apreciamos con preocupación que la universidad actual, producto de la modernidad y de las diversas presiones a las que está sometida, abarca cada vez más funciones que pueden distanciarla de su identidad y de su objetivo fundamental. Revertir esto implica una decisión institucional, a fin de contribuir a la construcción del Reino de Dios.

La propia Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* nos señala que la libertad académica es un pilar fundamental en la búsqueda de la verdad, y la universidad debe procurarla y garantizarla. Asimismo, la búsqueda de esa verdad se debe realizar mediante el debate y el diálogo, sin exclusiones, y muy especialmente en lo que respecta al diálogo entre fe y razón.

Como hemos señalado, el anuncio del Reino nos mueve a la acción: salir al encuentro del otro a comunicar el Evangelio,



con acento en el primer mandamiento que Jesús nos dejó: el amor. Se hace presente, así, el Cristo encarnado, pero también el Cristo resucitado que puede iluminarnos para enfrentar las dificultades actuales.

En esto, nos anima el testimonio para comunicar la fe. Sabemos desde antiguo, por ejemplo, que formar a los estudiantes requiere y demanda testimonio, lo que puede impactar favorablemente en un desarrollo integral de los aspectos humanos y profesionales de nuestros jóvenes.

Benedicto XVI, el año 2005, en la inauguración del año académico de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, en Roma, decía: “¡Qué responsabilidad! Miles de jóvenes pasan por las aulas de la ‘Católica’? ¿Cómo salen de ellas? ¿Qué cultura han encontrado, asimilado, elaborado?”. Estas son preguntas de la mayor relevancia. El Papa continuaba: “El gran desafío de las universidades católicas consiste en hacer ciencia en el horizonte de una racionalidad verdadera, diversa de la que hoy domina ampliamente, según una razón abierta a la cuestión de la verdad y a los grandes valores inscritos en el ser mismo y, por consiguiente, abierta a lo trascendente, Dios”.

En su caminar institucional, la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso debe seguir desarrollando una misión de servicio concreto: permitir el diálogo entre el Evangelio y la cultura, particularmente la cultura local.

Desde esta perspectiva, el trabajo investigativo de las universidades católicas se vuelve vital para el quehacer evangelizador de la Iglesia. En la PUCV podemos aportar en

cuanto voz de la Iglesia, no como meros repetidores de lo que ella dice, sino más bien entregando insumos que permitan que la voz de la Iglesia sea escuchada y creída en los espacios eclesiales y públicos.

Es válido que la PUCV se pregunte cómo está realizando esta labor desde su identidad católica y cuáles son las problemáticas que se levantan en la ciudad de Valparaíso que pudiera abordar desde lo misional.

Además, la realidad se nos presenta desde lo múltiple, desde lo diverso y por eso ninguna ciencia individualmente puede llegar a la Verdad. Para la Universidad Católica la búsqueda de la Verdad se hace desde la multiplicidad de saberes, reconociendo lo que la Revelación nos regala para poder mirar más allá de los fragmentos.

Bella tarea tiene la Universidad Católica para combatir la “falta de sabiduría, de reflexión, de pensamiento capaz de elaborar una síntesis orientadora” (VG, 4) a la que nos vemos muchas veces enfrentados en nuestros nichos académicos. Una visión cristiana de la realidad implica una óptica multiforme y para ello necesitamos dar lugar a los otros, a diversas visiones de mundo, de perspectivas que pueden colaborar en pos de la Verdad.

Para adentrarnos a un mismo fenómeno desde la óptica del poliedro, la inter- y trans-disciplinariedad, que es tan propia en las universidades, deben seguir profundizándose pues, como nos dice *Ex Corde Ecclesiae* “la interdisciplinariedad, apoyada por la contribución de la filosofía y de la teología, ayuda a los estudiantes a adquirir una visión



orgánica de la realidad y a desarrollar un deseo incesante de progreso intelectual [...] Mediante la investigación y la enseñanza los estudiantes deberán ser formados en las diversas disciplinas de manera que lleguen a ser verdaderamente competentes en el campo específico al cual se dedicarán en servicio de la sociedad y de la Iglesia; pero, al mismo tiempo, deberán ser preparados para dar testimonio de su fe ante el mundo” (ECE, 20).

La inter- y trans-disciplinarietà no es solo, a la luz de nuestro Magisterio, un esfuerzo para que nuestras investigaciones sean más robustas o interesantes en los concursos académicos, sino que también está presente la riqueza de trabajar con otros y la experiencia que nuestros estudiantes puedan obtener de esta metodología.

A partir de *Ex Corde Ecclesiae*, la relación entre Iglesia y Universidad Católica se hace evidente. Junto con esto, el Magisterio del Papa Francisco nos da luces para conocer las urgencias evangélicas que vive la Iglesia y descubrir los puntos en común que tienen la Iglesia y la Universidad Católica.

Podemos encontrar muchas respuestas cuando nos preguntamos qué significa que la Universidad Católica sea la voz de la Iglesia. Al nacer del corazón de la Iglesia, la Universidad Católica comparte la misión de la Iglesia desde su particularidad y misión propia. Esto hace que las preocupaciones de la Iglesia y de la Universidad Católica coincidan, pues a ambas las mueve el deseo, nacido del encuentro con Jesucristo, de colaborar en la propuesta de una forma de vida que lleve a lo pleno, lo bello y lo bueno.

Desde el corazón del kerigma, nos recuerda el papa Francisco, la misión de la Universidad Católica se ve transformada y todo el quehacer universitario es llamado a ser examinado desde la cultura del encuentro que toca los métodos, las relaciones, las temáticas con las que la Universidad Católica se distinguirá en el concierto de universidades de Chile y el mundo. La invitación, por lo tanto, es a profundizar en el diálogo, la interdisciplinariedad y la necesidad de redes que se entienden desde el kerigma que transforma vidas y mundos.



Abreviaciones

EG: Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*.

VG: Exhortación Apostólica *Veritatis Gaudium*

ECE: Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*

LS: Carta Encíclica *Laudato Si'*

FT: Carta Encíclica *Fratelli Tutti*

Tabla de referencias

Alberich E. (2003). *Catequesis evangelizadora. Manual de catequética fundamental*. Madrid: CCS.

Concilio Vaticano II. (1965). *Constitución pastoral Gaudium et Spes*. Recuperado de https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html

S.S. Juan Pablo II. (1990). *Constitución apostólica Ex Corde Ecclesiae*. Recuperado de https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_constitutions/documents/hf_jp-ii_apc_15081990_ex-corde-ecclesiae.html

S.S Benedicto XVI. (2005). *Discurso del Santo Padre Benedicto XVI durante la inauguración del 85° curso académico en la Universidad Católica del Sagrado Corazón*. Recuperado de <https://www.vatican.va/content/benedict->

xvi/es/speeches/2005/november/documents/hf_ben_xvi_spe_20051125_universita-sacro-cuore.html

S.S. Francisco. (2013). *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium*. Recuperado de https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html

S.S. Francisco. (2015). *Encíclica Laudato Si'*. Recuperada de https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html

S.S. Francisco. (2017). *Constitución apostólica Veritatis Gaudium*. Recuperado de https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_constitutions/documents/papa-francesco_costituzione-ap_20171208_veritatis-gaudium.html



Sobre los autores

María Teresa Blanco Lobos

Especialista en el área de tributación y gestión, tanto en la docencia como en la investigación. Participa en la gestión institucional de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Relatora de múltiples cátedras en el ámbito universitario, como también de charlas, congresos y capacitaciones, tanto nacionales como internacionales. Con más de 30 años de experiencia en asesorías integrales para empresas privadas apoyando en diversas áreas del conocimiento, como también se desarrolla profesionalmente en cargo de alta responsabilidad del sector público. Correo: maria.blanco@pucv.cl

Manuel Bravo Mercado

Docteur en Chimie et Microbiologie de l'eau (Université de Pau, Francia, 2004) y Doctor en ciencias con mención en química (PUCV, Chile, 2005). Académico y Profesor Titular del Instituto de Química, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, desde 2008. Presidente de la División de Química Analítica y Ambiental, de la Sociedad Chilena de Química (desde 2018 a la fecha). Decano de la Facultad de Ciencias de la PUCV (desde 2019 a la fecha). En investigación, desarrolla proyectos en química analítica de contaminantes con interés toxicológico y ambiental. Correo: manuel.bravo@pucv.cl

Patricio Cáraves Silva

Doctor en Arquitectura Universidad Politécnica de Cataluña, Barcelona, España. Profesor Titular Escuela de Arquitectura y Diseño PUCV. Socio residente Corporación Cultural Amereida. Correo: patriciocaraves@ead.cl

Lorena Carvajal Arenas

Profesora de Derecho Comercial en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (Chile) – PhD Universidad de Portsmouth (Reino Unido) – Magíster en Derecho Comercial Internacional Universidad de Roma La Sapienza – Magíster en Sistema Jurídico Romano, Unificación del Derecho y Derecho de la Integración Universidad de Roma Tor Vergata – Postdoctorado Pontificia Universidad Católica de Valparaíso – Contralora de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Correo: lorena.carvajal@pucv.cl

Arturo Chicano Jiménez

Profesor de la Escuela de Arquitectura y Diseño desde 1990 hasta la fecha. Miembro de la corporación artístico-cultural Amereida desde 1990 a la fecha. Doctor en Diseño de la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro y colaborador del grupo Barthes de estudios de la subjetividad del programa de pos-graduación en diseño de esa casa de estudios desde el año 2011 hasta la fecha. Correo: a.chicano01@gmail.com

Cristián Eichin Molina

Bachiller en Ciencias Religiosas por la Pontificia Universidad Católica de Chile, Magíster en Teología con especialidad en Liturgia y Teología de los Sacramentos Institut Catholique de París, Francia. Doctor en Teología por la Uni-



versidad Pontificia de Salamanca, España. Académico en la Facultad Eclesiástica de Teología de la PUCV, miembro de la Asociación Chilena de Liturgia. Actualmente es Vice Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Correo: cristian.eichin@pucv.cl

Claudio Elórtogui Gómez

Profesor y Secretario Académico de la Escuela de Periodismo de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Doctor en Ciencias de la Comunicación y Periodismo, Universidad Autónoma de Barcelona. Su línea de investigación es la comunicación política y pública, así como los procesos institucionales aplicados al estudio estratégico del poder y su vinculación con las comunidades y los medios. Correo: claudio.elortegui@pucv.cl

Juan Pablo Faúndez Allier

Abogado. Licenciado en Derecho y Licenciado en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Máster en Derecho Canónico y Máster© en Doctrina Social de la Iglesia por la Universidad Pontificia de Salamanca, España. Doctor en Filosofía por la Universidad de Salamanca, España. Consejero Superior, Director del Programa de Ciencias para la Familia, Director de la Cátedra de Derecho Canónico y Jefe de Programas Académicos de la Facultad Eclesiástica de Teología PUCV. Correo: juan.faundez@pucv.cl

Ricardo Gatica Escobar

Profesor titular de la Escuela de Ingeniería Industrial de la PUCV, donde ejerció el cargo de Director entre los años 2013 y 2022. Ingeniero Civil Industrial de esta casa de estudios, obtuvo su doctorado en The Georgia Institute of Technolo-

gy, Estados Unidos. Su área de especialización es el desarrollo y aplicación de métodos cuantitativos para la gestión y optimización de operaciones en sistemas productivos y de servicios.". Correo: ricardo.gatica@pucv.cl

José Marín Riveros

Estudió Licenciatura en Historia en la PUCV, donde recibió también el título de Profesor de Historia y Geografía, y el grado de Magíster en Historia. En la Universidad de Barcelona obtuvo el grado de Doctor en Historia Medieval. Profesor Titular de la PUCV ha sido Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, y actualmente se desempeña como Secretario General. Ha dictado conferencias de su especialidad en Chile y en el extranjero, así como también publicados artículos en diversas revistas, como *Byzantion* Nea Hellás, *Imago temporis* o *Studi Medievali*, entre otras. Correo: jose.marin@pucv.cl

Cristian Merino Rubilar

Licenciado en Educación y Profesor de Química y Ciencias Naturales por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y Doctor en Didáctica de las Ciencias Experimentales por la Universidad Autónoma de Barcelona. Es docente e investigador en Enseñanza de la Química, en diferentes niveles educativos en el Instituto de Química de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (Chile). Correo: cristian.merino@pucv.cl

Loreto Moya Marchant

Doctora en Teología por la Université Catholique de Louvain, Bélgica. Docente e investigadora de la Facultad Eclesiástica de Teología de la Pontificia Universidad Cató-



lica de Valparaíso. Sus áreas de investigación es teología práctica, catequética y educación religiosa escolar. Correo: loreto.moya@pucv.cl ORCID 0000-0003-4123-579X

María Soledad Quintana Villar

Académica de la Escuela de Trabajo Social. Ha recibido diversos premios, entre ellos “Zonta”, otorgado a las mejores egresadas de las Universidades (1979); “Profesor Enrique Wiegand” al mejor egresado de la promoción 1988-1992 de la Escuela de Derecho, PUCV. Autora del libro “Derecho de Familia” que se encuentra en su tercera edición y de diversos artículos en revistas del ámbito jurídico. Integrante del Comité Ejecutivo del Programa Ciencias para la Familia de la Facultad Eclesiástica de Teología, PUCV. Correo: soledad.quintana@pucv.cl

